

Buen espíritu y mal espíritu en situaciones específicas de la Iglesia de hoy

Carlos Rafael Cabarrús, sj

Introducción

Pese a todos los avances de la civilización, actualmente se cierne sobre el mundo aires de desaliento y muerte como tal vez nunca antes se dieron. Esta sensación, con todo, no es perceptible para los que van de mal en peor, o como diría Ignacio, de “pecado mortal en pecado mortal”, donde acostumbra “comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados” (EE 314).

Nunca, como ahora, tenemos más comunicación internacional. Sin embargo, la información propagada por los medios de comunicación social tiene la capacidad de soslayar la verdadera raíz de los problemas, embotando realmente la conciencia y frenando, por decirlo así, los impulsos de los hombres de “buena voluntad”. Por ejemplo, el comportamiento global de las

naciones -solas y en su máximo nivel de representación (ONU)-, salvo muy contadas y honrosas excepciones, aplaudió la guerra del Golfo tragándose la interpretación propuesta por los “señores de este mundo”.

Los poderes del “mundo éste”, lo están llevando al desastre ecológico, y fenómenos aparentemente “naturales” como lo ocurrido en Bangladesh no dejan de tener relación con la obligada distribución geográfica de una población depauperada -producto de los capitalismoes reales- en busca de sitios para vivir.

Las cifras globales de hambre, desnutrición y analfabetismo son espeluznantes. Sólo un pequeño sector, blanco (en su mayoría) y ubicado generalmente en el norte del globo, goza de un lujo y de unas comodidades que hacen todavía más dramático el cuadro total. El proceso de desesperación creciente de los terceros mundos, la intensificación en el mundo desarrollado de los llamados “cuartos mundos”, las situaciones casi límite en que han ido a dar los países del segundo mundo, más la amenaza de destrucción del ecosistema por el plutosistema, y la tranquila inconsciencia con que todo esto es vivido en el primer mundo, no son invitaciones a la satisfacción del que ya ha cumplido la voluntad de Dios o está cumpliendo con ella (Cfr. “Fe y Justicia: Quince años después”, en *Informaciones S.J.*, mayo-junio 1991, pág. 77).

La caída de los socialismos del Este, -con todo lo positivo que esto también ha traído- ha generado, sin embargo, un ambiente de victoria en los poderosos postulando casi fatalístamente que la única esperanza del mundo es el sistema capitalista. (Cfr. *Centesimus Annus* 35).

Dentro de este marco histórico de finales de milenio está ubicada la Iglesia, el pueblo de Dios. No puede escapar a todo este ambiente y cae, lamentablemente, en alguna de sus trampas. Tretas que a veces se presentan de forma descarada o de forma más sofisticada, donde se esconde el Enemigo de la “condición humana” bajo el disfraz de Ángel de la luz. Como una vitrina de los aires que se respiran en la Iglesia, nos servimos de la reciente encíclica *Centesimus Annus* (CA).

El objetivo de este trabajo es brindar algunas situaciones específicas en la Iglesia de hoy y descubrir en ellas el “paso de Dios”, para dejarnos afectar por El, como el medio seguro de “llevar a los hombres a la vida”, contraponiéndolo con el mal influjo del espíritu mundano en la misma vida eclesial.

El grito de los pobres se hace uno solo con el grito de Jesús en la cruz. La humanidad, en su inmensa mayoría, hace un llamado de profunda extrañeza a nosotros y a Dios; un llamado de incrédula tristeza: ¿Por qué nos han abandonado?. El objetivo de este trabajo es también develar la confabulación del mal que invade la Iglesia a todos los niveles, para impedir la colaboración con la resurrección de todo este cuerpo herido. Por otra parte, también es rescatar las chispas del Espíritu de Dios que nos invitan a colaborar con el Padre, gracias a la fuerza del Espíritu para resucitar al Hijo.

El método que seguiremos será, en primer lugar, toparnos con el “mal espíritu”, o “espíritu de mundanización”, en la Iglesia. Pero al hacer esto no inculparemos sólo a los que están en la cabeza, sino también pretendemos generar un examen de conciencia en los que participamos de estos mismos aires y convicciones. La verdad nos hace libres. Sólo en la medida que aceptemos nuestro pecado, como personas de Iglesia y como congregaciones religiosas -en nuestro caso-, podremos caminar en la búsqueda del Espíritu de Dios para, con El, renovar la faz de la tierra. Nuestro camino será encontrar la presencia del mal, estando seguros, que en clara tradición ignaciana, el Espíritu de Dios, obra “contrario modo”. A partir de cómo el mal ataca a la Iglesia de Dios, al pueblo, a las congregaciones religiosas, podremos entresacar por dónde apunta la fuerza de Dios que no se impone, sino que se insinúa dejándonos optar con libertad. Terminamos con unas “reglas” -al modo ignaciano- para sentir desde los pobres la situación del mundo.

I. La presencia del mal en nuestra Iglesia

A primera vista, resulta hasta chocante hablar de presencia del mal en la “santa madre Iglesia”, porque no debemos olvidar, que ella ha sido siempre un signo de contradicción frente a este mundo, y muchas veces a pesar de su pecado. La “casta meretrix” no deja de ser seguidora de Jesús y “madre” de cristianos. Enunciaremos someramente algunos elementos de esta presencia del “mal”. San Ignacio recomendaba, en sus “reglas para sentir con la Iglesia”, no hablar contra “las costumbres de nuestros mayores”, porque engendraría más “murmuración” y escándalo que provecho” (EE 362). Pero en esa misma regla recomienda Ignacio que “puede hacer provecho hablar de las malas costumbres a las mismas personas que pueden remediarlas” (ibid). No es que nos sintamos ahora con derecho a corregir a los que conducen la Iglesia, sino que como religiosos y jesuitas tenemos un papel dentro de un ambiente que es negativo actualmente, que es nocivo y que frena la acción de Dios.

Vamos a comenzar hablando de la presencia del espíritu de este mundo en la institución que es, también, la Iglesia. No significa que toda ella esté infectada del mal. Los datos que señalaremos sólo son un recordatorio, una manera de hallar concreción a lo que decimos. Sería muy útil que en todos ellos encontráramos también cómo somos nosotros partícipes de ese mal como jesuitas, como personas, como pueblo de Dios. Está presencia maléfica la sienten más los abandonados de la historia. Nosotros, sin embargo, por lo que sea, no oímos ese clamor.

1. El espíritu de este mundo en la Iglesia de hoy

Veamos ahora este mal espíritu en los que dirigen la Iglesia y también en el laico. Dejaremos para otro apartado la actuación de lo mundano en la Compañía. Ignacio nos legó una clave de discernimiento fundamental en la meditación de Dos Banderas: el mal espíritu suele tentar por “codicia de riquezas”, por “vano honor del mundo” que implica desprecio de los demás, y finalmente conduce a “crecida soberbia”, es decir, al dominio sobre los demás de manera prepotente (Cfr. EE 142).

La clave, entonces, para encontrar la cuna del espíritu mundano en la Iglesia, en el pueblo de Dios, en la Compañía, estribará necesariamente en esas realidades: el codiciar la riqueza, el prestigio mundano y, en definitiva, el poder. De aquí, casi necesariamente, se llega a una forma de negación de Dios, de ateísmo, que es en verdad el culmen de un proceso del mal y no su fuente primera, en contra de lo que comunmente pareciera suceder (p.e. CA 13-14).

1.1. En los que tienen el cargo de velar por ella

Podemos, en primer lugar, considerar a la institución eclesiástica como un campo de poder. Antiguamente el poder eclesiástico fue económico y político. Su poder se ubica, cada vez más, en el campo ideológico; pero allí tiene todavía un influjo que, por otra parte, está decreciendo claramente, de allí la “codicia” por retenerlo...

a) Centralización del poder ante el sentimiento de su pérdida paulatina

Pareciera que en la Iglesia Católica actual se da un retroceso fuerte en admitir que el Espíritu no es propiedad privada de la jerarquía. Hay una intransigencia doctrinal opuesta a aquel sentimiento evangélico de que

“quien no está contra nosotros está con nosotros” (Mc 9,40). Y esto unido a una sensación de que la fuerza con que se hace eso, viene de nosotros y no de Dios...

Se percibe una minusvaloración de la herencia del Vaticano II, que entiende a la vez a los obispos como conferencias nacionales regionales y aun continentales, todas en su conjunto y cada uno de sus miembros en sus diócesis, corresponsales de la “sollicitudo omnium eclaesiarum”. De ahí la represión de las visitas, por ejemplo, de Don Pedro Casaldáliga a Centroamérica, los avisos fuertísimos del Vaticano a él y a nueve más de sus compañeros obispos más comprometidos con la causa de los pobres, las llamadas a juicio en la Santa Sede a las conferencias de Holanda, y de USA. El cada vez menor margen autonómico de colegialidad de los sínodos se explica también así...

Se experimenta una falta de pluralismo en las tendencias teológicas, espirituales, canónicas, etc, de quienes son puestos al frente de las diócesis, elevados al cardenalato. Pareciera que en el fondo hay una gran desconfianza de que, si los electores del próximo Papa no son de una línea, el Espíritu no podrá inspirar una buena elección papal. Se dan injusticias con obispos que, en plena actividad pastoral, por el hecho de ser “conciliares” de espíritu, son relegados; se les impone un coadjutor a quien se le dan funciones, como la de dirigir la formación del clero, quitándoselas al titular, -caso del arzobispo de Oaxaca, México- sin base teológica ni canónica, es decir, violando oportunísticamente la misma teología... Si el obispo no está protegido por los canones, ¿lo estarán el clero, los religiosos, el pueblo de los fieles?. Se percibe doble medida en las distribuciones diocesanas. Se divide en cinco la arquidióces de Sao Paulo, gobernada por el Cardenal Arns, pero no se tocan New York, México, Madrid, por ejemplo, gobernadas por los Cardenales O'Connor, Corripio y Suquía, más dependientes, en su oficio, de la curia vaticana. Al mismo Cardenal Arns, ¿no le han ido quitando una tras otra, sus presencias en las Congregaciones vaticanas, haciéndolo así un ausente permanente de Roma y del contacto con el Papa?

b) Descalificación del no-creyente

Se nota, con dolor, un querer marcar fronteras entre los creyentes y no creyentes, entre una civilización llevada adelante por los que niegan a Dios, y por tanto, niegan -según algunos documentos- al hombre: *“Si no se reconoce la verdad trascendente, triunfa la fuerza del poder, y cada uno tiende a utilizar*

hasta el extremo los medios de que dispone para imponer su propio interés o la propia opinión, sin respetar los derechos de los demás” (CA 44).

Todo esto va contra un sentir claro del Vaticano II y de otros documentos conciliares, que se dirigen siempre “a los hombres y mujeres de buena voluntad”, esos mismos cristianos anónimos que recibirán la bendición del Hijo en el momento final.

c) Nuevas formas de Inquisición

Asistimos, aun dentro de la misma Iglesia, al hecho de que se da refuerzo a la coerción, a la imposición de “silencios obsequiosos o penitenciales” y de la reducción de los espacios de libertad cristiana para la búsqueda de la comprensión del mensaje evangélico y su “novedad” para este tiempo (Cfr. última carta de la Congregación de la Fe sobre el papel de los teólogos, la cual los somete indebidamente a una especie de labor exclusiva de repetidores inteligentes de lo que los pastores jerárquicos ya han dicho). Es decir, una reafirmación de la fidelidad a la letra “que mata” (2Co 3,6), sustrayéndola de toda creatividad. Esto es contrario a lo que decía K. Rahner, de que el Vaticano II es un comienzo y no un final, y que nos harían falta cien años para desarrollar su potencial en la Iglesia.

En este sentido, contrasta mucho la condena de los totalitarismos que hace la Iglesia y cómo cae en ellos “ad intra”; y esto en contra de lo que ella propone como prueba de identificación: *“La Iglesia, por tanto, al ratificar constantemente la trascendente dignidad de la persona, utiliza como método propio el respeto de la libertad” (CA 46).* Huecas suenan estas palabras con la represión ideológica en el seno de la Iglesia en los casos de los teólogos de la liberación, por ejemplo. Actualmente el diálogo pareciera estar negado en la Iglesia, contra lo que ella misma señala: *“En el diálogo con los demás hombres y estando atento a la parte de verdad que encuentra en la experiencia de vida y en la cultura de las personas y de las Naciones, el cristiano no renuncia a afirmar todo lo que le han dado a conocer su fe y el correcto ejercicio de su razón” (ibid).*

d) Fenómeno de involución

Es patente el querer volver a una catolicidad -ahora justo en el aniversario de los 500 años de la primera evangelización de América-, a la reconquista de una cultura universal sagrada. Dentro de esa nueva “cultura religiosa” es bueno que las mujeres callen (1Co 14,34), que los laicos no tengan ingerencia ninguna de conducción, que todos muestren una adhesión casi vanguardista

al Papa y los obispos; que los colores se difuminen en el gris romano de la cultura o “civilización cristiana”, es decir, occidental y eurocéntrica.

Por otro lado, la “tradición” se comprende como una tradición postridentina sólo modernizada. En realidad, es la vuelta a la “gran disciplina”. Es decir, no a la tradición, síntesis dialéctica -complementaria- de la diversidad plural de tradiciones cristianas, sino de la romana de creciente jerarquización mundanizada. El espíritu de este mundo se cuele todavía no haciendo a la Iglesia “servidora”, sino sobre todo “maestra”, que tiene la verdad absoluta. Se pone el énfasis -de forma latente- en la infalibilidad papal, lo cual contrasta, curiosamente, con los argumentos descalificadores de los totalitarismo de Estado, sobre todo de orientación marxista:

“A esta concepción se ha opuesto en tiempos modernos el totalitarismo el cual, en la forma marxista-leninista, considera que algunos hombres, en virtud de un conocimiento más profundo de las leyes de desarrollo de la sociedad, por una particular situación de clase o por contacto con las fuentes más profundas de la conciencia colectiva, están exentos del error y pueden, por tanto, arrogarse el ejercicio de un poder absoluto” (CA 44).

e) Bloqueo a la Vida religiosa

En los últimos años, se han puesto múltiples dificultades a los movimientos eclesiales que no dimanan de la línea del poder jerárquico. Se ha venido dando una intervención autoritaria del gobierno de las congregaciones (el caso de los y las carmelitas descalzos, como el ejemplo más extremo). Varios casos en que se ha negado el reconocimiento a las iniciativas del carisma común de las religiosas y religiosos, patente en la represión de la CLAR, de su proyecto “Palabra y Vida” (lectura popular de la Biblia, es decir, de entrega al pueblo de los pobres para que lo lea como texto en el con-texto de su historia y con el pre-texto de su fe comunitaria). Violación continua de la carta de la Congregación de Institutos Religiosos y Laicos, sobre las “mutuas relaciones” entre pastores y religiosos.

Otro ejemplo es el irrespeto hacia las religiosas, como mujeres y como participantes especiales en la vida eclesial. Muchas veces tratadas sin ninguna concesión de autoridad, relegadas en muchos casos al servicio del clero o nunciaturas.

f) Aumento de la intransigencia en el planteamiento de problemas

Hay una intransigencia en no replantear seriamente, frente a la opinión pública, los temas como la discriminación de la mujer en la Iglesia... El problema de los derechos cristianos de los homosexuales... La intransigencia en no permitir la recepción de sacramentos a las personas justificadamente separadas de sus cónyuges, o en no regular las nuevas situaciones de pareja que se van originando, concediéndoles sólo una mera asistencia a los actos religiosos, cuando, por otra parte, es más ex-comunicante la retención de un salario o el pago de salarios de hambre por parte de los "fieles" participantes... Intransigencia en no permitir airear con responsabilidad problemas como, por ejemplo, ¿qué hace falta para que una comunidad cristiana pueda celebrar la Eucaristía (los requisitos éticos y cristianos)? ¿Hace falta un presbítero ordenado, cuando no se dan abasto ni éstos ni los obispos para servir la Eucaristía? Si la Eucaristía edifica la Iglesia -en dicho patrístico común- y la Iglesia edifica la Eucaristía, ¿como privar de ella a tantas comunidades cristianas sólo por el hecho de la escasez de vocaciones para el carisma de ministerio presbiterial celibatario?

g) Bloqueo a un verdadero camino de inculturación de la fe

Se da un bloqueo en permitir que la teología se inculture en mediaciones culturales nativas, que la liturgia lo haga en mediaciones simbólicas autóctonas. Con esto se mantiene el totalitarismo del racionalismo eurocéntrico y ni siquiera se admite la veta de irracionalidad (romanticismo, surrealismo, etc.), de la misma civilización occidental cristiana.

h) Marginación del movimiento laical

En la práctica, el movimiento laical no tiene espacios suficientes de acción. Se hace un sínodo de los laicos, pero es llevado adelante por los clérigos... Al laico se le atribuye, en la realidad, un nivel de ciudadano de segunda y ésa es una de las razones por las cuales no existe tanto deseo en ellos de retomar, con iniciativas, beligerancia en la Iglesia. Por eso la considerarán siempre de "los curas". En parte, de esto se han aprovechado las sectas quienes adscriben una gran ingerencia al laico. No queda ningún rasgo del papel que jugó -por ejemplo- el pueblo de Dios en las elecciones de obispos y papas.

i) Bloqueo a los cambios estructurales: aporía para los empobrecidos

La Iglesia no puede negarse a ver la situación global de los miserables de la tierra. Condena, sin embargo, enfáticamente toda solución que no vaya por los cauces de un capitalismo utópico que nunca se ha dado, ni puede darse. Al hacer esto niega lo que ella misma propugna: *“el pobre -individuo o nación- necesita que se le ofrezcan condiciones realmente asequibles”* (CA 52). Es imposible e inviable que la dramática pobreza en el mundo quede dejada a la “buena voluntad de personas y naciones”, al buen ejercicio de un capitalismo “justo”, ¡como si eso fuera posible!. Aunque hay textos mucho más realistas en otros documentos, el cuadro brindado en la Centesimus Annus (33) es bastante elocuente:

“De hecho, hoy muchos hombres, quizás la gran mayoría, no disponen de medios que les permitan entrar de manera efectiva y humanamente digna en un sistema de empresa, donde el trabajo ocupa una posición realmente central. No tienen posibilidad de adquirir los conocimientos básicos, que les ayuden a expresar su creatividad y desarrollar sus capacidades. No consiguen entrar en la red de conocimientos y de intercomunicaciones que les permitiera ver apreciadas y utilizadas sus cualidades... Ellos, aunque no explotados propiamente, son marginados ampliamente, y el desarrollo económico se realiza, por así decirlo, por encima de su alcance, limitando incluso los espacios ya reducidos de sus antiguas economías de subsistencia. Esos hombres, impotentes para resistir a la competencia de mercancías producidas con métodos nuevos y que satisfacen necesidades que anteriormente ellos solían afrontar con sus formas organizativas tradicionales; ofuscados por el esplendor de una ostentosa opulencia, inalcanzable para ellos; coartados a su vez por la necesidad, esos hombres forman verdaderas aglomeraciones en las ciudades del Tercer Mundo, donde a menudo se ven desarraigados culturalmente, en medio de situaciones de violencia y sin posibilidad de integración. No se les reconoce, de hecho, su dignidad y, en ocasiones, se trata de eliminarlos de la historia mediante formas coactivas de control demográfico, contrarias a la dignidad humana... Otros muchos viven en ambientes donde la lucha por lo necesario es absolutamente prioritaria... donde están vigentes reglas del capitalismo primitivo, junto a una despiadada situación que no tiene nada que envidiar a la de los momentos más oscuros de la primera fase de industrialización... se ven reducidos a condiciones de semi-esclavitud... se ven excluidos de su propiedad, se ven reducidos... para los pobres, a la falta de bienes materiales se ha añadido la del saber y de conocimientos, que les impide salir del estado de humillante dependencia”.

Ante este cuadro ¿que está haciendo efectivamente la Iglesia?. Más adelante examinaremos este hecho detenidamente. Basta por ahora hacer notar que en todo ello ejerce su influjo el mal espíritu de este mundo.

Un hecho está claro: la Iglesia pierde, cada vez más, poder “ideológico”, sobre todo en el Primer Mundo, y pierde credibilidad o se descalifica en muchas partes del Tercero. Todo ello debido a los factores de involución, codicia de poder, centralismo e intransigencia.

2. Lo mundano en el Pueblo de Dios

Así como la Iglesia y su dirigencia pueden colocarse, de alguna manera, en un sólo polo, no es lo mismo respecto al Pueblo de Dios. Según la escala hacia el mal, propuesta por Ignacio, hay un sector del Pueblo de Dios que está en la riqueza y detenta el poder; hay otro, en cambio, que es víctima de ello, y se ve seducido por el espejismo del consumo. Si bien es cierto que hay un “resto” que vive con deseo de que “venga el Reino”, hasta el mismo sacrificio. Esto hace entonces el análisis más complejo.

2.1. Entre los que detentamos riqueza y poder

Cabe señalar, en primer lugar, que religiosos -jesuitas específicamente-, estamos en este primer apartado. Participamos, eso sí, con un inmenso número de laicos que estarán más o menos en las mismas condiciones.

En el Primer Mundo y los que en otras latitudes gozamos de una vida semejante a ésta -en ese sentido, recibiríamos el apelativo de “herodianos”-, la generalidad del laico (clase media y pudiente), como los religiosos, tendemos a vivir una ideología del conformismo (Cfr. CA 29.b), del consumismo, del “pasar” de los compromisos serios, como ya lo señalaba también la Encíclica (Cfr. CA 39). Todo esto sustentado en una teoría de la Postmodernidad, donde toda la manera de entender al mundo como globalidad se ve despedazada, con lo cual se justifica el “pequeño relato” y la individualidad que prescindir de todo como único camino. No es difícil encontrar desesperanza en círculos nuestros...

Varias son las tentaciones de la “cultura moderna”. La muerte de las utopías por un lado, como olvido de las grandes causas socio-políticas, y la posibilidad de una “Existencia a la carta”, por otro, derivan hacia un peligroso “narcicismo”. “Gran parte de la cultura actual está tocada de narcicismo, y por influencia suya el hombre moderno experimenta una dificultad mayor de lo normal para entenderse a sí mismo en función de una causa o de los demás;

en una palabra para trascenderse” (García, José Antonio, “En el Mundo desde Dios”, Sal Terrae, 1989, pág. 92).

a) La miopía y el integrismo

La primera tentación -como la llama J.A. García- sería la de “no trascender”. En el mundo de los laicos y laicas se dan con frecuencia organizaciones y movimientos mayoritaria y excluyentemente de clase media ascendente, de transnacionalización y de concentración urbana. Este tipo de movimientos propala una religiosidad compartimentalizada, como se vive en la ciudad moderna. Dejando que la religión influya, a lo más, en la moral familiar y proclamando sólo de palabra que influye en su manera de ser “empresarios” o profesionales del mundo financiero o político, etc. Surgen movimientos enfáticamente laicales, muchos de ellos excluyentes del sacerdote, salvo en las palabras de la consagración, como por ejemplo el llamado “La Ciudad de Dios”, nacido en Ann Arbor. Estos movimientos tienen un claro carácter integrista. Es curiosamente que no hayan sido duramente criticados por la jerarquía -aunque minan de raíz la concepción de cuerpo- como lo han sido las Comunidades Eclesiales de Base. Se da pues, una enérgica separación de los campos: la fe no tiene palabra para el mundo.

b) El intimismo, como evasión de la realidad

La segunda tentación se expresa de la siguiente manera: “búsqueda de Dios sin el compromiso del Reino”. Cercanía con Jesús y movimiento son dos características del seguimiento de Jesús. En el evangelio de Marcos (3,13ss) se nos dice que Jesús, al llamar a los que El quiso, les convocó con un doble objetivo: para que estuvieran con él y para enviarles a predicar con poder de echar demonios. La gran tentación actual, sobre todo en el Primer Mundo, sería el “intimismo”. Volver a una relación vertical con Dios, “subir” para encontrarse con El, en abierta oposición a la necesidad de “bajar al encuentro con Dios” (González Buelta). Esto sería, pues, no buscar a Dios donde El mismo dice que quiere ser encontrado (Is 58) y en las cosas que a El le agradan.

c) Sacar partido de lo de Dios

La tercera tentación: “que Dios sea ventaja” (García, op. cit. 96). Decididamente, “Dios no es ventaja para quien cree en El, en contra de lo que nos sugiere nuestro instinto religioso” (ibid). Esta tentación sugiere que Dios es siempre poder y que, “puesto que somos sus hijos, es un poder a nuestro servicio” (ibid). Ser hijo, “no es ningún aval que ahorre los costos de vivir ni

los costos de la misión". (ibd. 97). No hay magias ni efectos dulcificadores de la tarea. Servicio y servir a su Reino no es haberse ganado la lotería. Esto ni para los "agentes pastorales" ni para el pueblo llano...

d) Creer más en la fuerza del poder que en el amor solidario

La cuarta tentación, que atraviesa toda la historia de la Iglesia "y nos ronda a nosotros los creyentes, a los movimientos cristianos, congregaciones religiosas, etc", consiste en creer que la salvación o la solución del mundo, es fruto no del amor sino del poder "corrigiendo así la plana al mismísimo Jesús" (ibd. 98). Es evidente que necesitamos eficacia, pero "cuando el poder, institucional o personal, deja de ser mediación obediente del amor, no salva. Lo único que hace es corromper: al que lo utiliza y aquellos sobre los que se ejerce (ibd. 99).

e) La crisis de la esperanza

La quinta tentación se da cuando, viendo las cosas como están, "lo más razonable es la desesperanza" (ibd. 100). La impotencia, por una parte, "y la desproporción entre lo que invertimos y lo que cosechamos, por otra, susurran a nuestros oídos la impresión de que nuestra vida es un fracaso, de que vivir así no merece la pena ". (ibd. 101). Este es el sentimiento de los que decimos que trabajamos por el Reino. Todavía es más duro en el Pueblo de Dios, sobre todo en los que más sufren. Allí sí que puede surgir el grito mismo de Jesús en la cruz: ¿Por qué me has abandonado?.

Esta desesperanza se traduce en falta de interés. Nuestra cultura genera poco compromiso, decíamos. Ello infecta las voluntades. Las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa declinan escandalosamente. La falta de compromisos serios para compartir una vida de matrimonio está menguada. La falta de generosidad en traer hijos al mundo es uno de los grandes flagelos del Primer Mundo y de las sociedades herodianas. Cuando la alternativa es entre hijos -con lo de inversión material y sobre todo de responsabilidad que implica- y la búsqueda de estatus, dinero, consumo conspicuo, etc, triunfa la comodidad.

f) El ateísmo práctico

Cabría señalar como "la última tentación", el ateísmo. Ya insinuábamos anteriormente que el ateísmo parece ser -algunas veces- un corolario de los otros escalones hacia el mal. Es una tentación que no la podemos desdeñar. Siempre está acechándonos. Hay, con todo, un ateísmo no militante que

puede haberse generado por una mala predicación del rostro de Dios y de su Reino. Hay un ateísmo como el de Camus, por ejemplo, que no podía aguantar una creación donde los niños sufrían... No estaríamos hablando de esas formas aquí, sino más bien del llamado ateísmo práctico. Este fenómeno ha tomado posesión de Occidente en gran escala y curiosamente, con la caída de los materialismos ateos del Este, ha comenzado a minar esas sociedades que se experimentaban cristianas en la clandestinidad, pero que ahora caen en sus garras. A este ateísmo debería condenársele tanto como se lo hace, aún ahora, al marxista, lo cual suena, por lo menos, trasnochado.

“Si luego nos preguntamos dónde nace esa errónea concepción de la naturaleza de la persona y de la subjetividad de la sociedad, hay que responder que su causa principal es el ateísmo” (CA 13).

“De la misma raíz atea brota también la elección de los medios de acción propios del Socialismo... Se trata de la lucha de clases” (CA 14).

“La lucha de clases en sentido marxista y el militarismo tienen, pues, las mismas raíces: el ateísmo y el desprecio de la persona humana, que hacen prevalecer el principio de la fuerza sobre el de la razón y del derecho” (CA 14).

La pregunta que debemos hacernos constantemente como “agentes de la Iglesia” -detentadores por lo menos de poder ideológico y como usufructuarios de los bienes aun sofisticados de este mundo- es cuánto se nos infiltra el ateísmo en nuestras vidas; cuánto provocamos ateísmo -no creer ya más- en las personas a las que decimos servir... Este discernimiento exigente de las fuentes del ateísmo humano en la Iglesia -más que el recurso a la condena- fue la aportación humildemente penitente del Vaticano II en la *Gaudium et Spes*, hoy relegada al olvido en los neo-triunfalismos eclesiásticos...

2.2. La tentación en el mundo de los empobrecidos y necesitados

Nunca hemos pensado que en los pobres no se dé el pecado. A veces se inculpa a la Teología de la Liberación de santificar, sin más, a los pobres. Quienes hemos tenido el privilegio de conocerlos, de vivir con ellos, de compartir sus ilusiones, no podemos dejar de percibir también allí el mal y el pecado. La cosa es que Dios ama a los empobrecidos. Son sus privilegiados, no porque sean buenos sino porque son despreciados y conculcados, porque -sobre todo- en su empobrecimiento, fruto de la negación de entrañas fraternas de misericordia, son causa de hacer increíble la paternidad y maternidad universales de Dios.

Conviene también aclarar que habría, por decirlo así, dos clases de pobres: los que pueden serlo de “espíritu” y deciden luchar por el cambio y por la venida del Reino; y los que, por lo que sea, están ya desahuciados y son manifestaciones del Siervo de Yavé, en donde no se encuentra rostro ni condición humana, sino sólo saben y pueden sufrir. Ese pueblo en que ya nadie cree, ni siquiera él mismo. Sólo Dios sigue creyendo en el pueblo de la cautividad y le dice:

“Tú, mi siervo, yo te he elegido y no te he desechado: no temas, porque yo estoy contigo; no te asustes, pues yo soy tu Dios. Yo te doy fuerza, soy tu auxilio y te sostengo con mi diestra victoriosa” (Is 41, 9-10).

a) Salidas fáciles del ostracismo

En general, podríamos decir que además de las severas limitaciones de los pobres en América Latina, la cultura popular está asediada por el consumismo y el deseo de un enriquecimiento rápido. La droga y la fuga al Primer Mundo es la gran tentación para inmensas poblaciones. El espíritu mundano mina la conciencia popular, sobre todo cuando los inmigrantes les desvelan -desde allá donde algunos de ellos logran prosperidad- el espejismo del paraíso primermundista.

A nivel de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), se percibe en ocasiones, falta de síntesis entre fe y política, que a veces, hace pasar la fe a un segundo plano o a un plano inexistente. Se tiende a vivir lo cristiano como compromiso sin dejar brotar las vetas de celebración, gratuidad, esperanza y gozo.

b) Las sectas: el verdadero opio del pueblo

Venidas desde este mundo occidental y “cristiano”, las sectas fundamentalistas están inundando los países del Tercer Mundo, especialmente Latinoamérica. Su principal objetivo es resquebrajar la unidad del pueblo. A golpe de dar dólares y participación del laico, presentan una religiosidad sin compromisos ni problemas, una vía de ascenso gracias a una “conversión de costumbres” que nace de una atención personal en que la gente -sobre todo de barriadas marginales- sale de la anomía y adquiere identidad grupal y un sistema de “defensa”. Pecado también éste de la Iglesia en no atender personalmente a los fieles, y no darle participación importante al laico...

c) La pregunta inquietante de Job

La tentación del ateísmo también está aquí presente. Las poblaciones pobres, sobre todo las que llevan muchos años de lucha, quisieran respiro y tregua. Otras que siguen experimentando el flagelo de la represión o de la necesidad extrema puede presentar el interrogante de Job o el grito de Cristo en la cruz, clamor global del abandono. El abandono y el ostracismo no se debe a Dios, sino a los poderes de este mundo que fácilmente podrían cambiar las armas o la edificación de grandes templos, o sostenimiento de cultos triunfalistas, en comida, educación e instrumentos de trabajo...

3. El espíritu mundano en la Compañía

Todo lo anteriormente dicho es presencia del espíritu de este mundo -cizaña- en la Iglesia de Dios, tanto en su dirigencia como en el pueblo llano. Es decir, esto nos incumbe a todos, nos inunda a todos y cada uno desde nuestro propio puesto. Como jesuitas somos dirigencia y somos también pueblo de Dios. Cabe señalar, en este apartado, el “modo peculiar” con que ese espíritu del mal nos seduce como Compañía de Jesús. Recordemos que a cada persona lo tienta según su propia condición (EE 327), algo semejante nos sucede a nosotros como Orden.

La Congregación General 32 definió al jesuita como “pecador”. Con esta definición se rompía, al menos ideológicamente, con una tradición de intachabilidad y orgullo farisáico de la que adolecíamos muchos jesuitas. No nos comprendemos sino en razón de nuestro pecado, como personas y como institución. Muchos cabría señalar, pero nos limitaremos a esos pecados que son “cuna” de ese espíritu del mundo en la Compañía.

a) No ser amigos de los pobres

En las Constituciones (parte X), se da la clave de por dónde podría entrar el espíritu mundano, que es precisamente descuidar lo que Ignacio dirá “familiaridad con Dios nuestro Señor”. Es verdad que se asiste a un movimiento fuerte de recuperación de los Ejercicios (sobre todo en la modalidad de la Vida Corriente), del discernimiento, etc, pero en esto todavía queda mucho por lograr. La oración, el examen y el “Santo Sacrificio” (la Eucaristía dasafiante de la memoria de Jesús en acto de entrega de sí mismo por la vida), son puntales de la eficacia de nuestra acción desde Dios y en parte no nos dejamos retar desde allí.

Ahora bien, la palabra clave en las Constituciones es la Misión. Ella nos brinda la interpretación más certera en todo. La misma familiaridad con Dios nuestro Señor no se puede, por tanto, desligar de la causa de Dios. Hay que tener familiaridad con el Señor y con sus causas, hay que conocerle sus gustos y su rostro tal como El nos lo ha revelado. Esto dice mucha relación a la justicia y al trabajo por promover una fe que se exprese en las obras de justicia. La justicia que brota de la fe (Rom 9,30). Esto implica, por consiguiente, estar lo más cerca posible de donde se debate esta lucha para lograr tener familiaridad con ella. Tener cercanía con las cosas de Dios, supone dejarnos impactar de cerca por lo que le sucede al mundo de Dios.

En este estar de amigos con Dios, no podemos olvidar, lo que nos recuerda Ignacio en la llamada Carta de la Pobreza: que “la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno”. Por tanto es la falta de “amistad” con los empobrecidos lo que es cuna, por decirlo así, de uno de los canales del espíritu de este mundo en la Compañía. La pregunta final del Decreto 4º (Nº74) de la CG 32, de dónde están nuestras solidaridades, traduce muy correcta, transcultural, a la vez que transhistóricamente, esta impresionante expresión ignaciana.

b) No ser amigo del Señor

Esta amistad con los necesitados no “suple” la amistad con el mismo Señor, es claramente un camino. Esto quedaba patente en el texto de Marcos en donde Jesús llamaba para estar con El y para mandarlos a la Misión (3,13). Es la falta de amistad personal con Jesús, unida a la misión, la que puede explicar el cúmulo de defecciones de nuestros compañeros. Esta falta nos hace menos radicales y más capaces de guardar terceras posiciones y segundos binarios. Por otra parte, sin esta relación personal de los empobrecidos y su mundo de injusto sufrimiento, no nos abrimos al desafío de estar con Jesús. A nivel histórico, esto se traduce en que tomamos posiciones de “ni esto” (el capitalismo llamado “primitivo”, como si ya no existiera), “ni estotro” (el socialismo de rostro humano, hecho supuestamente imposible por los fracasos de los socialismos históricos). Entonces, ¿qué? ¿El Evangelio sin mediaciones -fundamentalista- tan distinto del Evangelio “sin glosa” de Francisco de Asís?.

Así pues, la raíz de nuestro pecado estaría en una mengua en la capacidad de dejarnos interpelar por el Señor y por ende de no estar abiertos ni disponibles para emprender la osadía de “dejarnos llevar” por sus caminos,

que no son los nuestros. Esto nos despoja, de raíz, de cualquier pretensión de controlar el Espíritu por nosotros mismos, como decíamos que se infiltra en la Iglesia de Dios, cuando exigimos a Dios que sea ventaja intrahistórica para los que lo alabamos.

c) Hacerlo todo como si dependiera absolutamente de nosotros

Otra cuna del mal espíritu en la Compañía, es no ser fieles a aquel adagio ignaciano: hacerlo todo como si dependiera de nosotros, sabiendo que en definitiva depende absolutamente de Dios... (Cfr. Ribadeneira, De modo gubernandi. 14. FIN III, 631). De ordinario ponemos toda la confianza en nuestros medios, en la eficacia de la ciencia y de la técnica, pero sin el polo dialéctico que es creer que, en definitiva, todo depende de Dios. Depender de Dios no quiere decir que El va a actuar únicamente, sino sobre todo va a realizar las cosas como El las hace. ¿Y cómo actúa el Señor, sino por el despojo y por la pobreza para confundir al mundo?. No poner el acento en el otro polo dialéctico del dictum ignaciano quiere decir no poner empeño en traducir entonces lo que nos acuerda la carta de los Corintios:

“Hermanos, fíjense a quiénes llamó Dios. Son pocos los de ustedes que pasan por cultos, y son pocas las personas pudientes o que vienen de familias famosas. Pero Dios ha elegido lo que el mundo tiene por necio, con el fin de avergonzar a los sabios; y ha escogido lo que el mundo tiene por débil, para avergonzar a los fuertes. Dios ha elegido a la gente común y despreciada, ha elegido lo que es nada, para rebajar a lo que es. Y así ningún mortal ya podrá alabarse a sí mismo delante de Dios” (1Cor 1,26-31).

¿Donde está la cuna de este espíritu del mal?. En que no terminamos de creer que la acción nuestra es por el Reino de Dios. Que El tiene más interés de que se lleve a término, de que es El quien pone en nosotros esos deseos locos de colaborar consigo. Pero sobre todo, como decíamos, en no confiar en sus “medios” que son contrarios al poder y riqueza exaltados por el mundo.

d) La codicia de riqueza y de poder

San Ignacio dejó a los profesos cinco votos (Cfr. Const. 816-817), con los cuales él pretendía asegurar el “buen ser” de esta Compañía. Creo que los pecados nuestros tienen mucho que ver con dos vertientes enfatizadas en ellos: 1) que, de muchas y descaradas maneras, “relajamos la pobreza”, y no nos consagramos a los “rudos” y “niños” de este mundo, y 2) que no erradicamos el ansia de poder y ambición de nosotros mismos y de nuestras instituciones. Un poder -que en sí no es malo- pero que sólo tiene sentido

respecto al primer elemento del que hablamos: la consagración solidaria al mundo de los empobrecidos y la lucha por la justicia que esto entraña.

Esta falta a la pobreza ha sido siempre el “vulnus Societatis”, la herida de la Compañía, y es la que la hace caer hoy en día. San Ignacio vio en la pobreza el muro y defensa de la radicalidad religiosa, vio en la pobreza la “madre” que engendra hombres nuevos con novedad de valores. De muchas maneras borramos esta radicalidad. Es verdad que en nuestra sociedad no podemos vivir ya de limosnas. Se nos ha concedido participar del goce de un salario por nuestro trabajo. Es decir, que la fuente de nuestros ingresos para vivir como “hombres para los demás” -como diría Arrupe- ha cambiado, pero no debe modificarse el tono de nuestra vida: “su comer, vestir,, sea cosa propia de pobres”. Nos falta más inserción en el mismo Tercer Mundo, falta más austeridad en toda la Compañía.

Dada la situación del Tercer Mundo, los jesuitas de todas partes deberíamos apostar por lo menos, por una civilización de la austeridad, que nos permitiera poder experimentar el dolor del mundo y tener credibilidad para buscar las soluciones a los problemas estructurales que lo acosan. Los jesuitas, como otras gentes de Iglesia y de Iglesia Jerárquica, vivimos al margen del dolor del mundo, a veces en situaciones principescas. ¿O burguesas, propias del capitalismo consumista?

Sobre la codicia del poder, ya hemos hablado anteriormente. Eso sobre todo en el uso de nuestros instrumentos y el privilegiar ciertas instituciones o medios. Pero también en el acceso que de ordinario tenemos a nuestras amistades. El círculo en que nos movemos. Tenemos la tentación de trabajar tal vez con organizaciones populares, pero con sus cúpulas. El hecho de formar agentes multiplicadores -que en sí es loable y eficaz- nos puede constreñir a olvidar a esos “pobres de Yavé” de donde de verdad viene la salvación de Dios!.

Para Ignacio está claro que el poder corroe y por eso evita relacionarse estructuralmente con él, como sería, por ejemplo, aceptando cargos jerárquicos en la Iglesia. Estamos tal vez muy claros en renunciar a todo ello, pero ¿cuánto renunciamos al roce con los que detentan el poder -ya no eclesiástico- sino real del mundo?. ¿Cuánto nos llama su estilo de vida y el dominio y su prestigio?. Ignacio se relacionaba con príncipes, cardenales, banqueros, nobles, etc, pero siempre para llamarlos a desprenderse de sus bienes en favor

de los de abajo y nunca para adoptar su esplendor de vida. Como Jesús en su relación con Zaqueo y con Simón el fariseo, por ejemplo.

e) Excesivo clericalismo de la Compañía

El otro elemento constitutivo de la cuna del espíritu mundano dice relación a la falta de creatividad en encontrar el papel de laico en nuestras obras (el problema de la Coadjutoría, de una manera más general). Somos una institución clerical que no genera, normalmente, lugares prominentes para el trabajo de los laicos. En este sentido reducimos el efecto de la gracia por circunscribirlo en la práctica a lo que nosotros -clérigos- podemos hacer. Más aún, aceptamos trabajar donde controlamos absolutamente todos los cabos de una institución. Qué difícil aceptar a un laico -sobre todo no jesuita- al mando de nuestras instituciones cruciales; pero más cuesta arriba aún, si se tratase de una mujer!...

No se hace casi nada serio todavía por formar colaboradores laicos. Suplimos su formación con charlas esporádicas sobre temas inconexos o con unos retiros sin ninguno de los requisitos ignacianos. Esto contrasta con la contundencia y seriedad que exigimos a la formación de los “nuestros”.

f) La falta de creatividad para encontrar la Misión

Lo que nos hace jesuitas es la Misión. La Compañía en muchas partes está como “establecida”, tiene falta de vocaciones, no encuentra un desafío. Por eso se desanima, por eso contempla la vida con desesperanza. Por eso pierde capacidad de acción. Convendría recordar lo que constituye la Misión, que siempre es llevar adelante obras de la mayor gloria de Dios, con los criterios enunciados en la Parte VII de las Constituciones: ir a donde hay mayor necesidad, donde el bien es más universal, donde tenemos mayor deuda, donde se hacen obras que otros todavía no pueden realizar, donde hay más urgencia, donde se pueden realizar obras integrales (materiales y espirituales), donde hay efecto multiplicador, donde hay mayor contundencia, donde existe más cizaña contra la Compañía (Cfr. Const. 622-623). Esto de la cizaña, que sería el modo de experimentar persecuciones, es de gran ayuda para mantener a la Compañía en su “buen ser”... según la intuición de Ignacio (Cfr. Epp 1, 296-298).

Estos serían los elementos que matizan el modo como se introduce el mal de este mundo en la Compañía, y el modo como el ambiente que rige en la Iglesia de Dios se nos materializa. No significa que los pecados de la dirigencia

y del pueblo de Dios no nos manchen, sino que todo ello tiene su matriz o su ecosistema, por decirlo así, en la invocación no práxica del “modo nuestro de proceder”.

II. El discernimiento del espíritu del mal: sus reglas

1. Un breve recordatorio de las reglas

San Ignacio nos dejó consignadas las reglas para discernir espíritus. El distingue, en los Ejercicios, dos tácticas (que denomina “semanas”) que emplea el espíritu de este mundo para atacarnos: una, la de forma descarada y otra, la encubierta. Con la táctica descarada no hay problema, se percibe, se nota. El problema de la segunda es que la persona no se percata de que está siendo atacada, porque el Mal Espíritu (ME) actúa sub angelo lucis. Por eso, todo el arte consiste precisamente en descubrir su acción.

La acción del espíritu mundano siempre va en contradicción a la acción de Dios. De ahí que saquemos mucho bien de analizarlo. Pero lo primero que debemos tener en cuenta para discernir es precisamente un concienzudo examen de por dónde nos va llevando el Espíritu. Eso que nosotros hemos denominado “consigna”.

Para vivir el discernimiento, se precisa haber tenido una profunda experiencia de fe y especialmente del papel de los espíritus. Esto se suele dar en un Mes de Ejercicios o en un retiro de unos 10 días llevado en serio. Sólo en ese contexto se puede desentrañar con claridad la convergencia de los impulsos por donde el Señor nos quiere llevar y las mociones que van apuntando a una que hegemoniza todas las otras. La vigencia de la formulación en palabras de esa moción hegemónica que ya actúa eficazmente en la vida es lo que denominamos “consigna”.

Ahora bien, para poder “discernir”, Ignacio nos indica que por lo menos debemos estar ya en la dinámica de las Dos Banderas, en donde nos da por primera vez el esquema de discernimiento (EE 137ss). Estar en la dinámica de Banderas es haber pedido “ser puesto” en la cruz de Jesús. Y eso no de una manera abstracta, sino con fuerzas de concreción histórica. Por lo tanto, estar en la dinámica de discernir es estar en el campo de la fe y la justicia, estar militando por la causa de los empobrecidos de Dios.

Sólo en ese contexto de tener ya los requisitos para discernir (Banderas) y de haber conocido claramente el paso de Dios por mi vida y su modo

concreto de llevarme, estamos en capacidad de entrar a discernir; de saber reconocer la obra del espíritu mundano en nosotros que obra “contrario modo” (EE 315) a la acción de Dios.

En este momento interviene la “regla básica” de todo discernimiento: poder establecer dos rieles: *qué experimento* en verdad, y *a dónde me lleva*. Es el derrotero lo que más determina la acción del buen o mal espíritu. Las mociones de Dios siempre me llevan a cosas típicas del corazón del Padre: pueden concretarse en Mt 25,31ss, en la escena del juicio, complementándose con la llamada a la misericordia: “Sean misericordiosos como mi padre es misericordioso (Cfr. también Mt 23,23). Si alguna cosa nos invita a realizar las “obras del Padre” (Jn 5,36) es clara señal de Dios. Sólo El nos puede invitar a realizar esas “locuras suyas”.

En este escrito tratamos de realizar este discernimiento no a escala personal, sino en un contexto eclesial lo cual lo hace aún más complejo.

En la vida personal -hemos dicho- distinguir los espíritus sucede claramente al nivel de la primera época (1ª Semana en Ignacio) o táctica descaramada. No es tan evidente en la táctica encubierta, puesto que allí lo típico es el camuflaje del mal y su aparente imperceptibilidad. Tratándose de un fenómeno eclesial, el sujeto que discierne es colectivo -lo que supone más dificultad-, pero es más difícil engañarse que en el nivel individual ya que los efectos de la acción del mal van tomando cuerpo y muestran -se quiera o no- el derrotero final.

El problema de discernir espíritus en la Iglesia es que, por un lado, el objeto mismo tiene dimensión social y, por otro, que esta discreción de espíritus puede hacerse de manera individual o como grupo. En el presente caso se hace un discernimiento de algo colectivo, pero desde nuestra perspectiva personal. Valdría mucho la pena hacerlo desde los diversos grupos a diferentes instancias eclesiales. Por esta razón, nos parece muy importante manejar con pericia las reglas para detectar la acción del ME cuando está encubierto. Pero, veamos antes las características de las tretas del mal espíritu (ME).

En primer lugar, la expresión que utiliza el ME en la táctica abierta (TA) son los sentimientos negativos (EE 315), mientras que en la táctica encubierta (TE), su fuerte son las “razones aparentes” (EE 329). El “engaste” o engranaje que utiliza en la TA son las partes débiles nuestras, lo herido, lo vulnerado, también dando curso a los instintos exacerbados (EE 327); mientras que, en la TE, va a dar rienda suelta a los fervores indiscretos, a los

ideales exagerados, y a los mecanismos psicológicos compensatorios. La prevalencia en la TA es la desolación (EE 315), mientras en la otra consolación, pero falsa (EE 331). El objetivo, en la primera, es derrumbar inmediatamente (EE 317), mientras que en la TE su fin es minar a largo plazo (EE 332). En la TA utiliza la complicidad (EE 326), mientras que en la TE el enmascaramiento (EE 329). Los efectos son muy importantes de comparar: en la primera es malestar, desaliento, tristeza, desesperación (EE 317), mientras que en la TE lo típico es el encandilamiento, la obnubilación (EE 332).

Al espíritu mundano se le descubre fácilmente cuando está descarado. Y esto porque es evidente a dónde nos lleva, y el derrotero queda al descubierto: todas las acciones que nos alejan del Reino y su causa. Cuando está encubierto, el derrotero hacia el Antireino es más sutil. Por ello, el aspecto crucial es analizar qué se está experimentando (en nuestro caso, de qué se adolece, qué no se resiste ya, qué se experimenta como una carga , etc.), y a dónde va a parar este impulso.

Para detectarlo, lo primero que debe tomarse en cuenta es descubrir menguas, disminución en el interés en torno a la consigna (EE 333). Es decir, que el declinar en el áamor primero” (Ap 2,4), el no estar con el mismo fervor de la voluntad, es una luz roja que nos debe poner alertas como personas y como colectividad.

El segundo criterio: es detectar cómo las “falsas razones” (EE 329), los discursos típicos de la táctica encubierta, producen actitudes que van en contra de las actitudes que emanan de la consigna, o cosa “menos buena que el ánimo tenía propuesta de hacer” (EE 333).

El tercer criterio: es el punto final del análisis. Establecida la sospecha, es importante revisar la trayectoria del tal discurso (EE 334) y “cómo poco a poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo espiritual en que estaba, hasta traerla a su situación depravada” (ibid).

Por último, vendría la confirmación histórica. En el caso del espíritu del mundo, esto se da precisamente en la lucha denodada contra él. En lo que se refiere de Dios, todo el esfuerzo debe ubicarse en hacer que esas invitaciones del Padre se haga historia en favor de los desposeídos, su principal preocupación.

2. Su aplicación a un contexto eclesial

Siempre son importantes en el discernimiento las circunstancias en que se da la moción o la treta -engaño-. Tratándose de un fenómeno eclesial nos parece muy oportuno tomar en serio lo que Ignacio nos deja postulado en Banderas sobre la “Jerusalén” y la “Babilonia” (EE 138). La perspicacia de este punto está en atribuirle una importancia determinante al “lugar”, a la ubicación, a las redes establecidas de manera tangible.

En los contextos nuestros, no es lo mismo estar en un país del Tercer o del Primer Mundo. Esta ubicación nos da ya, de salida, una responsabilidad enorme, cada quien en su propia latitud. La importancia, en cualquier caso, estriba en que nos coloquemos en las Jerusalenes de la historia nuestra: allí donde está más el Señor compartiendo con nosotros completando -en los empobrecidos, en los que sufren- lo que falta a su pasión (Cfr. Col 2,24), así como dejando que, como fruto de su presencia en el Espíritu, hagamos las obras como las que Jesús hizo “y aun mayores” (Jn 14,12).

La regla básica de discernimiento decíamos que era: qué experimento y a dónde me lleva con su moción (derrotero). Para un discernimiento de Iglesia es básico también establecer el “de dónde se originan” los fenómenos que provocan esos movimientos eclesiales, lo cual nos lleva a los análisis psicosociales, económicos y políticos, pero esto sobrepasa nuestro objetivo.

3. A dónde lleva el proceder de la dirigencia eclesial

Con estos elementos podríamos intentar ir discerniendo los diversos sucesos antes considerados, de la Iglesia como dirigencia y como pueblo de Dios. Esto, con todo, sería un esfuerzo muy largo. Podemos, sin embargo, establecer líneas de convergencia.

Los elementos negativos, cuna del espíritu del mundo, que percibimos en la Iglesia, sobre todo en su dirigencia, podrían brotar psicológicamente y sociológicamente de una percepción de pérdida de poder. La Iglesia ya no tiene poder económico y social, lo tiene a nivel ideológico-cultural. Su intransigencia, la centralización, la falta de pluralismo en la jerarquía, los mecanismos de inquisición, la involución, los bloqueos a la vida religiosa dicen relación a esta percepción de querer volver a “controlar”. Nacen del miedo y de la sensación de tener que estar a “la defensa”. Claro está que todo ello se recubre de un lenguaje, de unas “razones” que si uno se las creyera, encontraría contradicción con otros discursos.

No son pues planteamientos doctrinales los que entran en juego, sino miedo a perder posición, miedo a no controlar, miedo a la dispersión. El gran criterio para analizarlo todo es ver el derrotero: ¿a dónde llevan esas actitudes y esos discursos?. ¿Llevan a un servicio más claro a los empobrecidos, a los necesitados, llevan a hacer patente la misericordia y la justicia típicas de los gustos del Padre?.

Quizás el ejemplo más palpable es con respecto a la justicia del ingente número de empobrecidos del mundo: *“La pobreza amenaza con alcanzar formas gigantescas”* (CA 57). Se dan discursos en una línea, pero se descalifica todo esfuerzo (aunque no el movimiento sindical), que nazca de la base como posible alternativa. Se justifica, en la práctica, el status quo. ¿Es esto verdadero servicio a esos rostros de Cristo, que en teoría y discurso propagamos?:

“el amor por el hombre y, en primer lugar, por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la promoción de la justicia. Esta nunca podrá realizarse plenamente si los hombres no reconocen en el necesitado, que pide ayuda para su vida, no alguien inoportuno o como si fuera una carga, sino la ocasión de un bien en sí, la posibilidad de una riqueza mayor” (CA 58).

La Iglesia nos dice que todo esto *“no debe quedarse en un piadoso deseo, sino convertirse en un compromiso concreto de vida”* (CA 57). Sin embargo, coarta las acciones alternativas planteando salidas utópicas: Un capitalismo “reformado” o que tenga un nuevo nombre: “economía de empresa”. Los requisitos de este nuevo capitalismo serían reconocer *“el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana”*... (CA 42).

La tentación típica de los encargados de la Iglesia se presenta ahora, sobre todo, como una treta encubierta. Por eso, primero hay que detectarla. Para ello, hay que tener la suficiente humildad como para dejarse interpelar por el decurso de las actuaciones; ver cómo se mengua el interés por estar en donde el Señor nos ha indicado que estaría principalmente. Decíamos que estas tretas encubiertas, cuando se dan en la colectividad, se pueden percibir mejor en cuanto tienen repercusión sociológica. Y eso lo tiene. Por eso una revisión de las acciones de la dirigencia, es crucial para posibilitar el oír lo que de verdad siente el pueblo de Dios. Con un discurso que en el fondo es un sofisma -parte de verdad-, pero que niega la verdad que da la vida y que abre camino a las gentes.

Todo discernimiento aclara también la postura ante la tentación, analiza la reacción que es el momento ético de la discreción de espíritus. La buena reacción de los que tienen el encargo de la Iglesia es no dejarse llevar por ese espíritu y hacerlo radicalmente opuesto, el “agere contra”. Al miedo, por tanto, contraponer la osadía libre del cristiano; a la codicia de poder, la humildad y la ineficacia mundana -que es eficacia de profecía según Dios-; a la centralización inquisitiva, la libertad de los hijos de Dios, la confianza en que ésta es la obra del Señor.

4. De qué nos aparta el espíritu mundano a todos los creyentes

Las tentaciones del pueblo de Dios -que también son de la jerarquía, obviamente- nos conducen a un prescindir de Dios y de la humanidad en cuanto esto toca nuestros intereses personales. Otro punto de convergencia es intentar considerar a Dios como “ventaja”, como algo de lo que se pueda sacar provecho. Cuando somos testigos de la catástrofe global, no cabe sino la desesperanza y la actitud epicúrea de “comamos y bebamos porque mañana moriremos” (1Cor 15,32), lo cual denota una hondísima crisis de valores.

De lo que se nos aparta, por tanto, es del talante del samaritano, invitándonos más bien a “dar rodeos” justificativos (Lc 10,25ss). Nos seduce con el espejismo de la comodidad y del lujo vendiendo así, por conquistar ese deleite, “nuestra propia alma”.

La seducción del espíritu de este mundo es típica de primera época o semana, su táctica es pues descarada. Se nos exacerban los instintos y buscamos su complacencia a toda costa. Preferimos más bien la “complicidad” con ese mal. Nos lleva, todo ello, a separarnos del resumen de la Ley: la justicia, la misericordia y la lealtad (Mt 23,23). Es más, el espíritu del mundo deforma la figura del pobre haciéndola despreciable y peligrosa. Cito un trozo del libro de Mesters en donde se da un supuesto comunicado de prensa para alertar a la ciudadanía contra el peligro inminente que se encuentra en los pobres:

“No creáis en el pueblo, porque no sabe ni jota, no tiene estudios (cfr. Jn 7,15). Ya hemos mandado a nuestros agentes para que observen la cosa (cfr. Jn 7,32) y podemos asegurarnos que se trata de gente maldita (cfr. Jn 7,49). Lo que pretenden es obra del gran perro, del diablo (cfr. Mc 3,22). Lo que quieren no tiene nada que ver con la justicia que ellos mismos van predicando por ahí. Lo que va buscando es la vidorra, comer y beber y no dar golpe (cfr. Mt 11,19). Ese pueblo no deja de ser un simple malhechor (cfr. Jn 18,30); son agitadores y subversivos (Lc 23, 2.5.14).

Todo cuánto hacen y dicen va contra nuestra ley (cfr Jn 19,7), contra lo que nos enseñaron nuestros antepasados (cfr Mc 7,5). Van contra el gobierno, que por su parte no busca más que el bien del pueblo (cfr. Jn 19,12). ¡Habrase visto!. ¡Andan diciendo que no se deben pagar los impuestos! (cfr. Lc 23,2). De ese modo acabarán con nuestra nación y con la religión (cfr. Jn 11,48). No creáis en ellos, pues de una gentuza así no puede salir cosa buena (cfr. Jn 1,46; 7,52). Basta estudiar una migaja para ver que todo eso es una gran farsa. Sólo los ignorantes se dejan embaucar con la estupidez que esos van predicando (cfr. Jn 7,47-49). Nadie del gobierno o de buena familia se ha enrolado con ese pueblo (cfr. Jn 7,48). No valen un comino, pues andan con gente que nada vale (cfr. Mt 9,11). Son sólo unos blasfemos contra Dios y contra nuestra religión (cfr. 26,65). ¡Hay que perseguirlos y acabar con ellos! (cfr Jn 11,50). Quien se les junte será proscrito y expulsado del país (cfr. Jn 9,22). Esta es la advertencia que hacemos a todos para el bien del pueblo y de la nación. (Mesters, Carlos, "La Misión del Pueblo que sufre", Ed. Paulinas, Madrid, 1983, pág. 172).

La reacción nuestra debe ubicarnos en abierta oposición a lo que se nos presenta. La postura del cristiano debe ser un abierto "no" al consumismo y a todo lo que ello extraña. Debe tener un pie puesto en el dolor del mundo para no olvidar a los que sufren y que son el criterio de verdad y de juicio. La correcta "reacción" es justamente implicarnos en el dolor de la humanidad. Es enfrentarnos ante el verdadero rostro de Dios, considerando "lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad" (EE 195).

5. A lo que puede llevar el espíritu mundano a los pobres

Ya lo habíamos señalado un poco. Está por una parte, el espejismo del consumo fácil, de ganar dinero rápidamente, sobre todo, entrando en el camino sin retorno de la adicción y distribución de la droga. Esto genera una escalada incontrolable a nivel sociológico y a nivel moral. Ante este tobogán son muy raros los que pueden dar marcha atrás. ¡Es una avalancha social!.

Está por otro lado la desesperanza de los pobres. La maldad del pecado de injusticia es hacer sentir que Dios los ha abandonado. Esto lo experimentó Jesús en la cruz. Es tanta la malicia de la injusticia, que provoca en las víctimas la sensación de que Dios se ha apartado de ellas.

La reacción ante esta tentación es provocar en ese pueblo la actitud solidaria de Jesús, que atiende al otro que también está ajusticiado, dándole consuelo -Yo te lo digo, estarás conmigo... (Lc 23,43)- para que, realizando esa compasión profunda, pueda experimentar de un Dios que no frustra la esperanza del Pobre (Sal 9,19) para que pueda decir entonces: "en tus manos encomiendo mi vida" (Sal 31, 6).

6. La mundanización de la Compañía de Jesús

Nuestra mundanización está en estrecha relación con nuestra falla en la pobreza como plataforma de trabajo con los empobrecidos de este mundo. Eso es muy claro en San Ignacio y en las Constituciones. El poder, que ha sido el otro polo de atracción típico de la Compañía, es sólo una derivación del primer escalón, como llama Ignacio a la codicia riqueza (EE 142).

Este espíritu mundano se nos presenta como algo descarado, quizás en las cosas que podrían proponerse como excesos, pero sumamente “discreto” y “encubierto”, con falsas razones y asiduas falacias para limar las esperanzas de lo que de verdad nos dice el Señor en el Evangelio, e Ignacio en su vida y en su legislación. Así pues, dentro de la formulación de lo complejo de la pobreza nuestra, por ejemplo, en el binomio eficacia y testimonio, acentuaremos la eficacia, con detrimento del testimonio. Al aceptar vivir del fruto del trabajo, es decir del salario, tendemos a justificar cualquier nivel de vida. Al separar comunidad e Institución (como lugar de vida), transportamos lo vital nuestro, lo que de veras nos importa, a la institución.

Tenemos pues una habílísima capacidad de no enfrentar lo que de verdad nos dice la última Congregación: “la obediencia nos envía, pero es la pobreza la que hace creíble la misión” (CG. 33, No. 48). No terminamos de creer que la pobreza tiene eficacia apostólica y esto nos lleva justo a nuestro “propio amor, querer y interés ” (EE 189); a abocarnos a la comodidad y consumo.

¿Cuál debe ser nuestra reacción?. Creo que la palabra clave está en la tan sabia regla ignaciana del “experimentar”, pero de verdad, exponiéndonos al mundo de la pobreza. Pero esto ya nos abre al capítulo siguiente, a la actuación de Dios en nuestra historia y a las reglas para sentir con los pobres, como reglas para mantener a la Iglesia y, sobre todo a la Compañía, en su buen ser.

III. Los impulsos discretos de Dios en la Iglesia de hoy

Hablamos de impulsos, de mociones, pero las adjetivamos como “discretas”. Esto se contrapone en la acción del mal que “se impone” siempre, según la meditación de Banderas (Cfr. EE 142 y 146). Esta actividad de Dios, respeta siempre la libertad. Por eso, a veces, es casi imperceptible, hay que darle cabida y escuchar su voz que es siempre tenue, como una pequeña nubecilla. (Cfr. 1Re 18,44), como una invitación a “venir y ver” (Jn 1,39). La acción de Dios es lo que está primero, es el espíritu mundano quien trata de sofocarla. De

ahí que nuestro método ha sido presentar primero ese “ahogo confabulado” para ir entresacando el pequeño grito de Dios que nos invita a realizar su Reinado.

Vamos a presentar la convergencia de eso que creemos es el clamor de Dios en su Iglesia hoy, primero en sus responsables, luego en los laicos y por último, en la Compañía de Jesús.

1. La invitación subyacente de Dios a los encargados de la Iglesia

Recordemos por dónde se presenta la “cuna” del mal en la Iglesia: toda esa actividad nociva intenta acallar: a) la invitación al despojo de todos los poderes, al ejemplo de Jesús; b) la petición de hacernos todos corresponsables de la lucha por el Reino; c) La apertura ideológica para poder examinarlo todo con la libertad de los hijos de Dios, quedándose con lo bueno (1Tes 5,21); d) El no apagar la actividad del Espíritu que está presente no sólo en la jerarquía, sino también en otros movimientos, y principalmente en la Vida Religiosa; e) El mandato de encarnar su mensaje en otras culturas y de no “judaizar” (occidentalizar, europeizar) el Evangelio; f) El tener a los pobres como los destinatarios del mensaje y los herederos principales del Reino.

a) Despojarse de los poderes del mundo

El comienzo del maridaje con el poder de este mundo fue, de alguna manera, el principio de la adulteración del Evangelio. Todo lo que detente poder (en cualquiera de sus formas) es sospechoso. No es la “última palabra” de Jesús ni del Evangelio. Hay siempre en la Iglesia -así lo ha sido en la historia- una invitación a esta humildad. Invitación casi siempre silenciada y no tomada en cuenta.

Todas las tentaciones que presentábamos al comienzo tienen, como contrapartida, esta invitación de Jesús al despojo, al caminar sin más apoyo que la fuerza de la propia predicación. La fuerza de la “dynamis” de Jesús cesó, en un momento concreto, para dar paso a su entrega solidaria hasta el final. A esto nos invita también hoy el Señor, en esta encrucijada de milenios.

b) Corresponsabilidad de la tarea

Con la gran responsabilidad global y con la gravedad de los problemas, no se puede pretender darles respuestas desde una estructura machista -o patriarcal-, clerical y sólo confesional. Se nos invita a abrirnos a los hombres y mujeres de buena voluntad. Esos que en el momento del Juicio no sabrán

a quién atendieron y que, sin embargo, serán bendecidos por el Hijo (Mt 25,31ss). El Señor tiene que estar llamando a una mayor colegialidad, por una mayor colaboración, por esa “democratización” que tanto se predica “ad extra” de la Iglesia (CA 46).

c) Apertura ideológica

Dada la intransigencia desproporcionada con la que se tratan problemáticas como el papel de la mujer en la Iglesia, el derecho cristiano de los homosexuales, el status de los justificadamente separados... parece que se quiere sofocar un espíritu de estar abierto al “Dios que será”, a lo que no conocemos, a lo que todavía está por descubrirse. No se pueden atender graves problemas humanos con posturas cerradas que no van conforme al espíritu de “examinenlo todo y quédense con lo que es bueno” (Cfr 1Tes 5,21).

d) Impulsar la fuerza de la vida religiosa

No cabe duda que los religiosos han sido, en la historia eclesiástica, un gran mecanismo por donde el Espíritu ha llevado a la Iglesia y ha hecho práctico el “Ecclesia semper reformanda”, ahí se ha hecho realidad la histórica vuelta a las fuentes, la radicalización para mantener la identidad “en el mundo sin ser del mundo” (Jn 17,14). No se puede olvidar que muchas de esas órdenes han nacido con el propósito de dar vida a los pobres en su médula. En esta vida de corte más carismático, sopla el Espíritu y no debe temérsele sino todo lo contrario: saber oír lo que se propone desde esos carismas que una y otra vez intentan alentar la institución con Espíritu.

e) El impulso a encarnarse e inculturarse

El ejemplo de Jesús hecho, no sólo hombre, sino judío pobre, y víctima de la justicia, nos da el “hasta dónde ” de la inculturación y encarnación de Dios. Su Mensaje no tiene obstáculos para hacerse una sola cosa con otros modos de vivir, con otras culturas y -dentro de ellas- con sus miembros más despojados, pero en quienes vive la memoria histórica de los sueños proféticos sembrados por Dios en su pueblo. Por eso, toda inculturación parte de que lo cristiano -no lo romano- crucifica todo: lo pone en tela de juicio cuando entra en juego la causa de los que en ese grupo humano necesitan y padecen cualquier género de opresión. Hay un llamado claro a des-occidentalizarse, a retomar “las historias de los vencidos”. Este impulso es la primera moción de

Dios al hacerse historia. En el contexto de los 500 años, del “desencuentro entre dos mundos” esto toma mayores dimensiones y responsabilidad.

f) La opción por los pobres

Tomar partido por los “condenados de la tierra”, echar con ellos nuestra suerte, ha traído siempre problemas concretos. Celebramos ahora el centenario del comienzo de las encíclicas sociales donde son los pobres los privilegiados y por los que la Iglesia alega preocuparse. Pero no ha sido suficiente. Estamos peor aún que hace un centenar de años. El problema es que la opción por los pobres siempre ha traído conflictos que ponen en peligro el poder mundano y el eclesiástico: “a los pobres se les anuncia el Evangelio, y dichos el que no se escandaliza de mí” (Lc 7,22). Sin embargo, la fuerza de Dios -consignada aun en los documentos oficiales- está claramente en su favor: *destacan “la constante preocupación y dedicación de la Iglesia por aquellas personas que son objeto de la predilección por parte de Jesús, nuestro Señor” (CA 11)*. Pero el Espíritu invita a la realización de obras audaces. Más radicales que las que mantienen la injusticia.

Por estas vertientes nos parece que sopla la invitación del Señor en este fin de milenio. Lo importante de las mociones o impulsos de Dios no es sólo “experimentarlos”, sino llevarlos a la práctica, “historizarlos” -como diría nuestro mártir Ignacio Ellacuría-. Sólo en la medida en que se hagan realidad tendrán sentido; sólo en cuanto hayan servido para cambiar el rostro del mundo, han fructificado. De allí que la “confirmación histórica” -elemento fundamental en todo discernimiento- tenga mayor relevancia en lo que se refiere a la historización de esas invitaciones.

2. Las mociones de Dios al “común” de la Iglesia

En el acápite que versó sobre la cuna del mal en los laicos y gente “llana”, se habló de seis tentaciones. Todas ellas encubren, o tratan de sofocar, a nuestro parecer, el paso de Dios que va más bien por: a) Señalar que a Dios se le encuentra en la misma historia y que no se le puede separar de ella; b) La desconfianza de la técnica -la tecnocracia como clave de progreso- y la lucha contra el consumismo; c) La llamada a ser testigos de la esperanza contra toda esperanza.

a) “Bajar al encuentro con Dios” (González Buelta)

Está claro que la tentación de nuestro tiempo -cuando es religiosa- tiene mucho que ver con la miopía (sólo veo mis intereses) o la dicotomía de los

campos (o la fe o la justicia). Es mucho más sencillo pretender hallar al Señor en el Sagrario que en un hospital de SIDA. Es mucho más macabro toparse con Dios en el que se muere de cólera porque no hay una inyección, que en la solemnidad del culto. Sin embargo, la realidad es que Dios está en los empobrecidos y necesitados y que no hay otro acceso legítimo, sino a través de esa historia de Dios. Si el “rito” no se traduce en “reto histórico” no es cristiano en definitiva.

b) Desconfiar de la técnica y del poder por sí mismos

Pareciera que la tecnificación y el poder-consumo extinguen el espíritu. Se cree en ello como en la panacea. Hay, por tanto, una moción del Señor -muy embotada, por cierto- de desconfiar del poder de este mundo (técnica incluida), cuando no se le enfoca y acuna en el servicio de las necesidades de las mayorías.

Es clara la invitación -desde el comienzo del Evangelio- hacia la pobreza, en solidaridad con los que nada tienen. El impulso debe historizarse, por lo menos, en una seria austeridad. El llamado a formar una “cultura de la austeridad” para poder compartir los bienes de la creación que la explotación desmedida ha reducido ya, es una moción que siempre es acallada por el espíritu mundanizado.

c) Testimoniar que es posible la esperanza

La tentación del común de los mortales, ante tanto problema, -si es que no cae en un solipsismo, miopía o dicotomía, de las que hablamos arriba- es quizás la de desanimarse, que se traduce en un desconfiar de todo y perder el ánimo sobre cualquier alternativa de futuro. La moción que Dios ofrece, sin embargo, es el impulso mismo del Resucitado, del que ha vencido la injusticia y la muerte. Se nos invita a ser portadores de resurrección y esperanza precisamente donde ya no queda esperanza (Rom 4, 18).

Todas estas gracias deben historizarse y así lograr la confirmación histórica. Estas gracias no son sólo un imperativo desde Dios, han sido ya realidades palpables, han sido “bendiciones” experimentadas especialmente por los más necesitados. Contamos con un innumerable còro de testigos (Heb 12,1), que son para nosotros fuente de imaginación y esperanza. Figuras como las de Juan XXIII, y el Pablo VI de la Populorum Progressio, por ejemplo nos abren horizontes. El Espíritu de nueva evangelización que ya se dio en Medellín y Puebla; los innumerables mártires, los teólogos perseguidos, son

confirmaciones de la obra de Dios. Somos testigos de los gritos proféticos de Juan Pablo II en Canadá, en Africa, en Brasil, así como -en el caso de los laicos- de las respuestas libres de indígenas del Cuzco, de la Amazonía, de los Andes ecuatorianos. Personalidades como las del Arzobispo Quinn de San Francisco, nos alientan; Las posiciones valientes de las mujeres en Holanda y de teólogos de Europa entera, o de un Cardenal Pironio en la misma curia vaticana, nos recuerdan la libertad de los hijos de Dios.

El problema de todos estos impulsos es encontrar mediaciones valederas que puedan ayudarnos a hacer viable y presente la invitación de Dios. De allí que al final sugiramos unas “reglas para sentir desde los pobres, con el mundo”, como un norte de la difícil marcha de la humanidad.

3. El impulso de Dios en el corazón de los empobrecidos

Los pobres son los privilegiados de Dios no por ser buenos o malos, sino por ser marginados. El espíritu mundano los acecha, pero más que en otro lugar, el espíritu del Señor muestra en ellos sus maravillas, como en María. Dios es consuelo para ellos mismos, es fuerza, es ánimo. También lo que El obra entre su “resto” es llamada y desafío para la Iglesia. Básicamente el impulso de Dios reside en que: a) el pobre crea en el pobre, y en hacer énfasis en que, b) ellos son los verdaderos agentes para cambiar el mundo.

a) Que el pobre crea en el pobre

La presencia de la fuerza del Señor en la vida de los que nada tienen y sólo necesitan, es una clara convicción de que no obstante sus fallos, errores y desengaños, hay en el pueblo una simiente buena que no se pudre. Aunque el pueblo está oprimido, él no oprime, está machacado, y él no machaca, sufriendo injusticias y no responde con injusticias. Dios se hace presente manteniendo a sus necesitados, fieles al derecho, a la justicia y así resistir la opresión.

¡La presencia de Dios en los campos de refugiados, en los desplazados, en sus cosechas perdidas, hace del fracaso económico, político y social un triunfo!

“¡Extraña victoria!. El siervo de Dios, derrotado por el sufrimiento, hasta llegar a no tener ni aspecto de hombre (Is 52,14), saldrá victorioso, tendrá éxito (Is 52,13). Esto no casa bien con nuestro modo de pensar. ¡No nos cabe en la mollera! Nosotros podemos imaginar una victoria del grande sobre el pequeño, e incluso del pequeño

sobre el grande. Podemos imaginar incluso un empate. *¿Pero cómo entender una derrota que es victoria? Esto es algo no contado jamás, inaudito (Is 52,15)*" (Mesters, *op. cit.*, 138).

Esto significa que la moción del Señor es que el pobre, algún día, "crea en el pobre", crea en la fuerza que fomenta el Padre en los que nada tienen para confundir a los poderosos. "La debilidad de Dios es mucho más fuerte que la fuerza de los hombres (1Cor 1,24).

b) Que los pobres renovarán la faz de la tierra

Esta es la máxima utopía. Pero, ¿cómo se dará esto?. Hay fuerza del Padre en los más necesitados para emprender semejante osadía que no tiene nada de milenarismo, como lo prueban ya miles de comunidades de base en las que la Iglesia nace de nuevo, por la fuerza del Espíritu, desde los empobrecidos que luchan y esperan aun a la vista de signos de desesperanza y muerte. La moción de Dios lleva entonces a contemplar la victoria final de un modo absolutamente sorprendente, pero "esto sólo los pobres lo entienden" (Mt 11,25) y ellos de alguna oscura manera lo viven y eso los mueve.

"La victoria final será la conversión de la clase opresora, obtenida por el testimonio constante y fiel del Siervo" (Ibd 163)

Este pueblo empobrecido que es el "Siervo de Yavé", tiene una semilla de esperanza y cambio ineludible. Ellos modificarán la historia trastrocando el corazón de los potentados. Como dice Mesters, comentando los Cantos del Siervo: "el cuarto cántico registra la confesión pública y colectiva de los culpados por el sufrimiento del pueblo" (ibid).

Ahora bien, ese cambio no se dará únicamente por la conmiseración de los potentados. El Reinado de Dios sufre violencia y es esforzándose con ella como se tiene acceso (Cfr Mt 11,12). Negar este aspecto es caer en un angelismo.

Estas dos mociones se van haciendo historia poco a poco. Lo palapamos gozosamente en las victorias de un grupo de refugiados salvadoreños que logran regresar a sus tierras contra la oposición de todos. En la lucha por lograr acuerdos políticos que se va ganando, gracias a la semilla de tanta sangre derramada, etc.

4. La moción de ser en verdad “compañeros de Jesús”

La línea de impulsos de Dios a la Compañía podría resumirse en el abanderamiento de la fe y justicia, pero desde un cariño entrañable a los pobres con nombre, reencontrados como nuestros amigos, que nos llevan al corazón de Jesús, poniendo toda nuestra confianza sólo en Dios. Esto se logra únicamente por la experiencia del compartir experimentando el dolor de la realidad.

a) Ser amigo de los pobres (Epp. 1, 572-575)

Ignacio, en su Carta de la Pobreza, insiste en este aspecto de amistad, como clave para amar la pobreza que es un medio apostólico muypreciado por él. Más adelante abundaremos sobre este punto.

b) En “El sólo poner la esperanza” (Const. 812)

Frente a los problemas, a la crisis de vocaciones, a la dificultad y tardanza en los futuros reemplazos, a la ingente tarea, lo que nos toca es confiarlo todo sabiendo que, absolutamente, depende de El. Esta es la moción hecha biografía para nosotros -y por eso historia de la Compañía- en Pedro Arrupe. Se nos vuelve con frecuencia treta encubierta el “hacerlo todo como si dependiera de nosotros”. Nos tomamos muy en serio esta primera parte de la dialéctica ignaciana. La invitación del Señor, por lo menos ahora, es a confiar más en su actividad. Pero esto no nos remonta a una situación espiritualista, sino todo lo contrario. Nos hace co-partícipes de su actuación donde El está más presente y actuante en la Historia. Esta moción es a confiar más en la fuerza de los pobres y acercarnos reverentemente a ellos como la tabla de salvación de un mundo que va a la deriva, aun en el plano ecológico.

c) La invitación a experimentar dolor con Cristo doloroso quebranto con Cristo quebrantado (EE 203)

El impulso a la pobreza, al despojo de toda ambición es estructural en la Compañía (Const. 817), sin embargo, todo esto no se logra sino a través de experiencias, elementos tan vitales para el mismo Ignacio, para sus compañeros y como método de generar jesuitas.

Hay una invitación a “experimentar” -con seriedad y devoción- en sitios de dolor, en las periferias de las ciudades, entre los marginados, en los terceros y cuartos mundos. Gracias a Dios tenemos muchos ejemplos de compañeros que han sellado con su sangre el acompañar la pasión de Cristo que sufre en

la humanidad. Otros muchos son ejemplo con el testimonio de sus vidas austeras, alegres y entregadas. De todo ello podemos gloriarnos en el Señor, sin que esto quiera decir olvidar nuestra flaqueza y pecado.

El espíritu de Dios nos está invitando a tomarnos en serio que sólo un compartir con los necesitados nos ayuda a entender cómo trabajar por la justicia: "Caminando paciente y humildemente con los pobres aprenderemos en qué podemos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos" (C.G 32, D. 4º, 50). La Compañía está dando pequeños pasos por estos senderos.

Todo el centro de las mociones, tal y como lo confirmó la última Congregación General, está en la actualización y radicalización del servicio de la fe y la promoción de la justicia, afincándose para ello en una vida solidaria con los necesitados. Sin embargo, no es fácil -¡qué paradoja!- estar con los pobres. De ahí que creamos sugerente establecer unas pequeñas reglas que nos ayuden a historizar estas mociones y a poder evaluar nuestra respuesta.

IV. Reglas para sentir desde los pobres con el mundo de hoy

La conversión hacia los pobres nos salva. Tenemos que dejarnos evangelizar por ellos (Puebla). De alguna manera, todo el impulso de Dios en la actualidad está en querer transformar este mundo salvaje en un clima de fraternidad y compartir "esta tierra tan amada" (Teilhard de Chardin), tomando por fin en cuenta a los desheredados de la historia. De allí que "sentir desde los pobres" es algo que nos incumbe a todos, nos salva a todos. Por eso sintiendo con ellos, podemos dirigirnos mejor a los problemas ingentes de nuestra época.

Presentamos a continuación unas "reglas" al modo como Ignacio proponía sus indicaciones, emanadas siempre de un observar el comportamiento humano y divino, para mejor "sentir desde los pobres". Simplemente haremos un enunciado de cada una de ellas, que pueden facilitarnos la historización de las mociones de Dios en nuestro aquí y ahora. También serán un medio para evaluar, sin mucha glosa, lo que en realidad somos y hacemos.

1. Hay que tener amigos que sean empobrecidos y necesitados

Experimentar que son ellos los "compañeros naturales de este camino" (González Buelta, "Formar según San Ignacio en la escuela del pobre", en

Tradicón Ignaciana y Solidaridad con los pobres, Mensajero, 1990, pág. 157). Sabiendo que “la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno” (Epp 1, 572-575). *¿Cuántos amigos pobres tengo de hecho?. Amigos, y no simplemente conocidos.*

2. Además del trabajo asignado, hay que ingeniárselas para trabajar también con el mundo de los necesitados

Por tanto, aunque estemos en trabajos distantes geográficamente -y quizás con más razón- de los empobrecidos y necesitados reales, siempre es “mejor y más seguro” tener, por lo menos, una instancia que vincule a ese mundo. Recordar a Ignacio General y su trabajo con marginados, conversos del judaísmo, las prostitutas y sus hijas, los enfermos y los huérfanos, la atención a los apestados. Recordar que Ignacio no actuaba “desde la instancia del ejecutivo” (González Buelta, op.cit.155).

¿Cómo combino o articulo mi trabajo con algo de este contacto directo, constante y retante con el necesitado?. ¿Abro los espacios?.

3. Los valores de los pobres son más cristianos que los de la sociedad dominante

Entre ellos encontramos una solidaridad que enfrenta las emergencias de cada día y les permite subsistir. “Nadie sabe cómo circula la ayuda discreta que respeta la dignidad herida del que no consigue para la comida o la medicina. La capacidad festiva sorprende en vidas enteras asaltadas. El humor rompe en muchas ocasiones las situaciones extremas (González Buelta, op.cit 148). “Su propia fragilidad, el vivir sin cuentas ni seguros, los hace desinstalados, generosos y libres” (Ibd. 163).

¿Cuánto tengo la experiencia de que “aquella vida es más feliz, más pura y más apta para la edificación del prójimo que más se aparta de avaricia y se asemeja más a la pobreza evangélica”? (Formula Instituti, No. 4). ¿Cuánto necesito transportar para moverme de un sitio a otro?.

4. Los pobres son nuestros maestros, nuestros asesores

Las frases son de Ignacio. Los pobres son nuestros asesores (Epp, 1, 572-5). *¿Cuántas veces he consultado y me he dejado llevar, en problemas enfoques, etc. de lo que experimentan y sienten los empobrecidos?. Todo esto nos enseña en la práctica que lo más importante del seguimiento de Jesús, no es la “denuncia del que profetiza desde afuera, con una indignación de*

estadísticas y textos bíblicos, sino del que anuncia con su propia persona reconciliada y pobre que es posible una manera nueva de vivir” (González Buelta, op. cit. 164).

Porque sólo ellos entienden a cabalidad las cosas y el mensaje evangélico (Mt 11,25). ¿Comento y cotejo con los pobres mi vida, mis cosas, la tarea que realizo?. Esto, como personas e instituciones.

5. Los pobres son nuestros jueces (Mt 25,31ss)

En palabras de Ignacio, Jesucristo quiso áconstituirlos por jueces... de todo los fieles” (Epp, 1, 572-5). ¿Cuánto hemos evaluado obras, instituciones desde su perspectiva, desde sus juicios y no desde la sola “operatividad”?. Es un hecho que su juicio sobre la Iglesia y la Compañía, en estos momentos, tiene un significado más crucial: ahora los abandonan las ideologías, los proyectos. Retirarnos de sus luchas en el presente, es traicionar la suerte de los pobres. ¿Cuánto nos hemos tragado la propaganda de que ya hay que pensar en otra cosa? ¿Que los pobres y las utopías sociales que les han dado cauces de esperanza han pasado de moda?.

6. Servir a los “pobres de Cristo” es lo que engendra vocación

Ignacio postulaba que en el servicio a “los pobres de Cristo, por su amor algún tiempo mostrase su estabilidad y firmeza” (Const. 240). Atender a los “pobres de Cristo”, es troquel y “madre” de cristianos; es el gran signo de la vocación, de solidez y el modo de fomentarla. ¿Cuánto, como método de oxigenación, de sabáticos, aun de salud mental, se nos provoca el “servir a los pobres de Cristo”, en vez de la atención sicoanalítica (Sin negar su necesidad y utilidad en casos concretos)?.

7. Pedir la gracia de toparnos en los pobres con el rostro de Jesús

La gracia de encontrar en los empobrecidos y enfermos el “rostro del Señor que mucho padece todavía en la humanidad” (EE 195), es quizás lo que podría sintetizar y dinamizar de raíz nuestra vida. Esto debe hacernos comprender que encontrarse realizando estas cosas es un “don de Dios”. Por tanto, la actividad que de ahí se desprende no cae tan fácilmente en voluntarismos porque siempre será más fácil reconocer de dónde proviene ese impulso. ¿Podría decir que alguna vez se me ha concedido esta gracia, que la he pedido como el don principal, como lo que más me radica, es decir, me conduciría a mis raíces cristianas de ser sepultado con Cristo en mi bautismo?. ¿Cuántas veces se me ha concedido “contemplar” así al Señor?. ¿Nunca?.

8. Creer que los pobres son los creadores de futuro

Esto implica tener conciencia de que son ellos los verdaderos agentes del cambio. La capacidad de crear lo nuevo la vemos hoy en las organizaciones comunitarias surgidas entre los pobres. Las Comunidades de Base, en América Latina, por ejemplo:

“en comunión con todo el cuerpo eclesial, son una fuente de dinamismo para todos. Con su manera de vivir, de alguna manera se han escapado hacia el futuro librándose de muchas ataduras impuestas por el presente opresor. Tienen palabra y decisión, analizan críticamente las estructuras. En la celebración de la fe expresan lo nuevo en palabras y símbolos nacidos de su realidad y su compromiso”. (González Bueta, op. cit. 150).

¿Se nota esto en la elección de mi clientela? ¿En dónde hago mis inversiones? ¿Cómo, en todas mis actividades, son ellos mis destinatarios directa e indirectamente? Sin descuidar tampoco a otros contribuyentes del cambio radical, ¿creo que son los empobrecidos los que cambiarán la historia? ¿En qué lo nuestro?

9. Querer, con todo, colaborar excelentemente en cambiar las estructuras de la historia.

Esto implica cambiar el rostro de los pobres, aliviarles el dolor presente, pero principalmente modificar las estructuras. ¿Cuánto nuestra preocupación es, como para Ignacio en su tierra natal, “que no hubiese mendicantes”? (Epp 1, 161-165). ¿Hasta qué punto es éste el objetivo de nuestras obras?. ¿Cuánto fomentamos este deseo en los demás, en la gente que nos rodea, “procurando que otros lo hagan también” (Cfr Const. 650)?. ¿Estoy haciendo lo que más puedo y de la mejor manera para aliviar y desenraizar la injusticia del mundo?. ¿Tomamos en cuenta que esto puede implicar violencia justificada?

¿Nos hemos tragado sencillamente que el socialismo fue una bella esperanza históricamente frustrada? ¿Creemos realmente que el “nuevo orden mundial” anunciado como “evangelio” por un presidente norteamericano -cuyo comportamiento respecto al petróleo y sus manejos turbios en la CIA ha sido ya patentes- es el Evangelio para que los pobres salgan de su pobreza? ¿O abrigamos todavía ideales y sueños, como las comunidades eclesiales de América Latina, como Ignacio Ellacuría que creía en la nueva civilización del trabajo y de la austeridad compartida frente a la del bienestar exclusivo de minorías? ¿Se nos han terminado las ilusiones de nuevos sistemas que

mantengan, en la historia, vivas las esperanzas de las grandes mayorías empobrecidas? ¿Estamos dispuestos a “hacer obras aún mayores” que las de Jesús en servicio de la esperanza de los necesitados?

10. Es la pobreza personal la que hará creíble mi trabajo

¿Cuánto comparto con los de la clase necesitada mi comer, vestir y modo de transporte? (Const 81). ¿Cómo reducimos los presupuestos para acercarnos a aquella otra regla de que “siempre es mejor y más seguro... cuanto más se cercenare y disminuir y cuanto más se acercare...” a Cristo pobre (EE 344)? ¿Cuánto sé descansar, por ejemplo, con los pobres? ¿Pueden la gente sencilla entrar a nuestra casa, compartir nuestra mesa? ¿Hay “clausura” no ya para las mujeres, sino para los pobres en nuestros sitios de vida? ¿Se sienten ellos a gusto?.

11. Los pobres son prioridad

Sobre los criterios prácticos en nuestras obras: ¿Son las necesidades de los pobres las que tienen prioridad sobre los deseos de los ricos? ¿Es el libertar a los oprimidos lo que tienen prioridad sobre la libertad de los poderosos?. Finalmente, ¿la participación de los grupos marginados en la sociedad tiene prioridad sobre la defensa de un orden social que los excluye?. (Cfr Campbell-Johnston, Michael, “Modelos operativos surgidos en la Compañía después de la CG. 32”, Información S.J., Mayo-Junio, 1991, pág. 97).

¿Hasta dónde las generaciones jóvenes de la Compañía mantienen el espíritu de testimonio profético contra este mundo inhumano? ¿Hasta dónde son criterios los decretos 2,4 y 12 de la CG 32, para dar los votos, llamar a teología, al sacerdocio, y para admitir a profesión?

12. Ser solicitado por los pobres que luchan y la persecución: la gran evaluación de nuestro actuar

Aquí entramos en las confirmaciones históricas. Si los pobres nos escogen y se hallan bien con nosotros, es más “seguro”; si los poderosos nos persiguen, es buen signo. Para saber si estamos en esta línea correcta hay que considerar los siguientes elementos de análisis:

Primero: “Es el juicio del mismo pueblo al que queremos ayudar o acompañar. Es decir, el hecho de que la gente necesitada, sean lo que sean, acude a nosotros no para pedir limosnas o donativos de caridad, sino para

apoyo a su lucha justificada por una sociedad más justa; que ve en nosotros sus aliados naturales, sus compañeros de lucha, amigos de confianza”.

Segundo: “Que los enemigos de la justicia, los que están aprovechando del status quo, de las estructuras ya existentes, nos ven a nosotros como enemigos de sus intereses y nos califican de subversivos, marxistas, sacerdotes falsos, etc. Se oponen a nosotros no sólo con palabras, sino, a veces, con la persecución abierta que puede llegar hasta la muerte” (Ibd.).

Conclusión

Después de todo lo dicho ¿cómo concluir? Terminábamos señalando un conjunto de “reglas” a la manera ignaciana que nos indicaban un camino y un examen. Decíamos al modo de Ignacio, puesto que siempre para él debe primar el principio de realidad. Hay que hacer lo que se debe hacer en las circunstancias concretas atendiendo siempre “personas, tiempos, lugares con sus ocurrencias” (Cfr Const 64, 630, 671, 746). Todo el trabajo parecía culminar allí. Es sintiendo desde los pobres como podemos ver de manera diferente el mundo y ansiar de verdad los cambios profundos de las estructuras y de los sistemas imperantes. Son los pobres nuestros maestros, decíamos. La Iglesia en Puebla nos recordaba que debemos dejarnos “evangelizar” por ellos.

Está muy claro, por otra parte, que hay también otra serie de problemas graves que acosan a la humanidad. No queremos desdeñar ninguno. Pero aprender a sentir todos los demás desde la óptica de los relegados, es haber adquirido los ojos de la encarnación solidaria de Dios con su pueblo.

Defender la lucha con los pobres teniendo también nosotros un corazón de pobre, será abanderar la vida. El Señor se encarnó y habitó entre nosotros para darnos una vida que alcanzara más (Jn 10,10). Con esta perspectiva, guardaremos mejor la vida de la misma tierra que está cercada de peligro por los malos manejos de los que controlan todas las cosas. Estar en la lucha de los pobres nos hace ponernos ya al mismo modo de la Trinidad, que no sólo contempla todo lo que está sobre la haz de la tierra” (EE 106), sino que provoca su gran opción: (.Hagamos redención del género humano” (EE 107).

Todo discernir es una opción. Considerar los problemas del espíritu que mundaniza la Iglesia y la Compañía, sin tomar resoluciones diametralmente opuestas (*oppositum per diametrum*), es claudicar y pactar con el máximo enemigo de la condición humana. Por el contrario , hay que realizar obras,

las “obras buenas”, típicas del actuar del Padre y por lo que el Hijo se sentía identificado con El. Estas obras buenas son las obras de justicia, siempre en beneficio de los que tienen sus derechos conculcados. Pero el realizar todo ello es ya una gracia, una moción. Aquí se destronan los voluntarismos y los ideales prometéticos. Sólo el que entiende esta tarea como un regalo y no como una conquista propia, entiende de raíz la situación.

Dijimos que son los pobres los creadores de futuro -en total fidelidad a la línea del Siervo de Yavé-, esto va a implicar que ellos tendrán que ir realizando luchas y demandas, único camino para que las personas hagan conciencia y se vean obligadas a ceder de su mucho poseer. Estas luchas reivindicativas seguirán presentándose -aunque las prensas del orbe las minimicen- y nosotros las tenemos que acompañar. Sus luchas actuales son más endebles que nunca. No reciben ningún beneplácito. No tienen ningún apoyo logístico. No hay ya un Segundo Mundo que las aplauda, porque el que intenta aún ser “segundo mundo” -La URSS de Gorbachov, no la de Yeltsin- está demasiado inmersa en atinar al salvamento de lo que fueron en 1917 sus sueños, y la China de multitudes está aún oculta tras sus murallas, de modo que no sabemos de los fermentos que la tienen en ebullición... La mismas alternativas parecen socavadas, por ejemplo, en nuestra Centroamérica, el proyecto sandinista, momentánea y quién sabe si por largos años, está paralizado por la agresión que sufrió y por sus propios errores. Si la Iglesia y la Compañía los abandona en este momento, el más bajo de nuestro siglo, estaremos traicionando paulatinamente a aquellos a quienes decimos servir.

Nos incumbe, por tanto, a nosotros como Iglesia, como agentes especializados suyos, una gran responsabilidad sobre la Historia. Tenemos que ofrecer una vida de total dedicación a las cosas del Reinado de Dios. Estar decididos, ahora más que nunca, a pasar “injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos” (Const. 101). El mundo entero se burlará de nosotros. Nos llamarán trasnochados. Dentro de poco ya la palabra comunista habrá perdido su peso específico como insulto - porque ya no provoca temor en el Primer Mundo. El calificativo que nos pondrán rondará, entonces, por el de “ilusos” y definitivamente fracasados. Pero una típica actitud cristiana es arriesgarse por apostar por los que siempre pierden según el mundo.

Todo esto no debe amedentrarnos. El ejemplo de nuestros mártires -la verdadera confirmación histórica de la justeza de nuestra opción- debe alentarnos. Desde aquí debemos desenmascarar todo género de mentiras y

traiciones al pueblo empobrecido, a la humanidad que sufre. Debemos dismantelar la treta de la “abstracción” del que puede prescindir de todos estos problemas porque no ha experimentado ningún dolor. Hay que destruir la justificación de no poder caer en el “reduccionismo de los pobres”, gozando de las comodidades de los privilegiados. Tampoco permitiremos, porque no es lícito ya, racionalizar con una “compensación celestial” el dolor de los injusticiados de toda índole: “Las bienaventuranzas no nos autorizan a cano-nizar la desgracia ni a resignarnos a la miseria humana” (Kolvenbach, Homi-lia, 15 de octubre 1983).

No cabe ya soslayar el enorme problema. La atmósfera de falsa “paz”, con que nos invade la ideología dominante, querrá evitar y condenar toda legítima violencia sin la cual tampoco vendrá el Reino: “El Reino de Dios se alcanza a la fuerza y solamente los esforzados entran en él” (Mt 11,12). La Historia también nos lo ha enseñado que los cambios se van dando, lamentablemente, a golpe de violencias. El problema es humanizar los conflictos, no querer negarlos. Esto fue lo que Jesús intentó. El que fue, más que nada, verdadero Siervo de Yahvé, y “hombre en conflicto”, pero que a todos, desde su preferencia por los pobres, ofreció su amistad y su invitación a la vida verdadera y compartida.

Podemos y debemos realizar muchos trabajos apostólicos, en distintos niveles, en diferentes instancias, con clientelas diversas, pero lo de la Fe y la Justicia es algo que debe ser nuestra pasión dominante que impregne nuestra labor dándole su sentido, su fuerza y su congruencia.

Es tan grande nuestra responsabilidad para trabajar por los empobrecidos que, según el P. Kolvenbach, esta labor nuestra permite a los marginados del mundo el acceso al Reinado de Dios!. Y lo contrario. De no hacerlo, estaríamos minando el camino a los consentidos del Padre. Terminamos con sus mismas palabras:

“Solamente en la medida en que nosotros vivamos esta consagración al Reino en una comunión por los pobres y con los pobres, contra la pobreza humana, material y espiritual, al pobre se le abre el camino del Reino” (Ibd).